

ni adivinos, ni invoque á los muertos para hacerles cuestiones, «porque Dios tiene en abominacion todas estas impiedades y destruirá á todos los que de ellas son culpables.» La ley de las doce tablas lleva asimismo *prohibiciones de encantar los campos y las cosechas* y así es que sin duda Voetius, (1) bajo estas autoridades respetables ha establecido las diez pruebas siguientes de la realidad de la magia.

- 1.<sup>a</sup> El testimonio de la Sagrada Escritura.
- 2.<sup>a</sup> La historia antigua y moderna.
- 3.<sup>a</sup> Las decisiones de los concilios.
- 4.<sup>a</sup> El acuerdo unánime, sobre este punto, de todos los teólogos de todas las religiones y todas las sectas.
- 5.<sup>a</sup> El asentimiento de los padres de la iglesia.
- 6.<sup>a</sup> Las leyes de las potencias seculares y el parecer de los juriscónsultos.
- 7.<sup>a</sup> La esperiencia general.
- 8.<sup>a</sup> El consentimiento de los pueblos de todas las religiones.
- 9.<sup>a</sup> El derecho canónico.
- 10.<sup>a</sup> Las relaciones que nos vienen de diferentes países.

Pero fácilmente se concibe cuán pronto este cúmulo de pruebas queda desvanecido á los ojos de la razon, como se verá mas adelante.

Se dice que los protestantes creen la realidad de la magia y el rey Jaime I perdió su tiempo en componer su *Demoniologia*, en la cual asegura que los clérigos, aun los papistas, pueden espulsar á los demonios. Este monarca vá todavia mas allá, pues ofrece dar un conocimiento exacto de las pruebas suficientes para convencer á un hombre acusado del crimen de magia.

*(Se Continuará.)*

## ¡PERDIDA!

¡Ay! ¿dónde estás? ¿tu acento que ventura en el herido pecho derramaba  
dónde le encontraré? ¿dó tu hermosura que vida al prado y á las flores daba?  
¿Dó tu risa de mágica ternura que el corazon amante regalaba?  
¡Ay! ¿dónde están? como marchita hoja se ultraja el viento y el turbion te moja.

Hermosa un tiempo, el Hacedor del dia de ricos dones te otorgó la esencia; sueño encantado de feliz poesia era, muger, tu celestial presencia. El que admirado tu presencia via adoraba de Dios la omnipotencia, y ante tu rostro en magestad velado el mundo viste enmudecer postrado.

Te daba el aire de las gayas flores el dulce aroma con su dulce aliento; te daba el prado su vivir de amores y el pájaro feliz su blando acento: te daban su cantar los trovadores, te daba su gemir el manso viento, por merecer sin encontrar enojos gratas miradas de tus negros ojos.

Mas ¡ay! que todo al huracán sañudo doblóse místico, la color marchita: si, tu belleza de tu alma escudo sirvió para inflamar turba precita: el orbe que antes te admiraba mudo de pronto alzóse en confusion maldita, y de la envidia en el furioso encono te destrozaron el soberbio trono.

¡Ay! de tu manto que ondeaba al viento arrebataron sin piedad girones, y de su empuje al rebramar violento pisaron los amantes corazones,

(1) Disput. 1.

que por tí alzaron animado aliento.  
¡Ay! señora, sin deudos y blasones  
tu esplendor, tu poder y tu hermosura  
servirán para ornar tu sepultura.

¡Ah! cruel, muy cruel es tu destino—  
—ingratos que bebisteis los amores  
en el licor que os ofreció divino,  
para inspirar mentidos trovadores;  
¿por qué la hollais si un tiempo su camino  
ceñiais de bellas y pintadas flores?...  
¡ah! turba infiel, pisadla, esta caída,  
mas ¡guay? si hundida está, no está perdida.—

—¡Ay! que marchita como seca rosa  
llanto derraman sus cansados ojos:  
llanto que riega su megilla hermosa  
y deja su matiz sus lábios rojos.  
¡Ay! los mismos que en turba presurosa  
te daban vida y corazon de hinojos,  
hoy que la ven marchita y deshojada  
la insultan con su ronca carcajada;—

Mas si un amante la entregara un alma  
en ilusion feliz encantadora,  
la vereis olvidar su triste calma  
y reir contenta, si alligida llora:  
la vereis ostentar triunfante palma  
su destino humillando vencedora;  
y cuando os arrastreis con fé mentida  
dirá viendo á su amor «no estoy perdida.»

(Remitido.)

*Juan de Dios de la Rada  
y Delgado.*

## VARIEDADES.

A continuacion insertamos la siguiente carta contestacion de la bella á quien parece iba dirigido el amoroso billete, inserto en nuestro número del 25 último. Ambas producciones dan una aventajada idea de los dos amantes que sostienen tan ilustrada correspondencia.

ANACREÓNTICO HOLOFERNES.

Encontrábame en el paraclito de mi tráfalgar soledad, cuando llegó á mis olímpicas manos el paquebot de vuestras israelitas ansias y transparentes anhelos porque apremiante yo os ame.

Yo, que elevada siempre á la vigesima potencia, he mirado con perseverante desden y casualidad los antiflogísticos conatos del número dígitó á fin de ponerme á buen recaudo, y que no aspiraba á otra gloria que la que urden el delicado honor y las pulimentantes letras, sucumbo petimetra y os alargó ese *si* que gallardas semifusas custodiaban en el laberinto de Creta, orlado con mi plural esclavo albedrio, como archiducal galardón de vuestras agonizantes tendencias á mi totalidad personal. ¡Cuánto me complazco á la presencia iconodasta de nuestras voraces simpatias! Cómo me regodeo inquieta, sobrenatural y miserable al vislumbrar ya la culebrina de mi felicidad futura!

Me grado frívola y pintoresca siempre que pienso y lo pienso mucho, que voy á dejar á retaguardia el inaguantable, feróstico, antisocial y plomizo estado doncellil.

Estad seguro, reverendísimo Holofernes, de mi firmeza que es tal y tan inagotable y dogmática considerada por el aspecto flaco, que treparia descalza por las mas empinadas cumbres del Danubio, y haria mil piruetas en las belicosas corrientes de los Alpes,